

Nacido en Andahuaylas en 1911, Arguedas fue desde temprano un forastero en la capital.

En esta nota rápida nos proponemos dar respuesta, ojalá que no una más entre las muchas que se ha ensayado, a la interrogante de por qué José María Arguedas es el novelista que mejor representa al Perú de estos difíciles años que estamos viviendo. La hipótesis es ésta: José María Arguedas es el arquetipo del hombre peruano, es el único novelista que ha sabido volver a las fuentes originales de nuestra razón de ser como nación. El hecho de haber nacido en una zona quechua, de amar a los indios, de pensar él mismo como un indio, y no desdenar por eso ni el lenguaje ni las concepciones culturales que nos vienen de occidente, lo coloca como un testificador que es al mismo tiempo participante de la aventura del hombre peruano del siglo XX.

Salvo la selva y la costa norte (curioso, pero esas dos zonas son las que aparecen en las novelas de Vargas Llosa), el Perú entero se refleja en la obra novelística de Arguedas, ese zorro de las alturas que en momento bajó a los llanos. Y esta imagen última es la del Perú de estos años: la del migrante. Asistimos a una progresiva ruralización del Perú. En ese sentido, una ciudad como Chimbote, escogida por Arguedas como escenario para la última de sus novelas "El zorro de arriba y el zorro de abajo" es el caleidoscopio del Perú: ahí confluyen los empobrecidos habitantes del ande, los marginales de las grandes ciudades, los empresarios audaces, los religiosos que buscan adeptos, los dirigentes políticos que quieren captar militantes y el novelista que busca la imagen del Perú. ¿Y a qué va la mayoría de esos hombres a Chimbote? A buscar trabajo. Los serranos que llegan al puerto son forasteros. (El tema del forastero se repite constantemente en toda la novelística de Arguedas). De los relatos de Arguedas se ve muy bien que el forastero es en términos reales un extranjero en su propio país, alguien para quien las cosas más obvias y más elementales se consiguen con mucha dificultad: forasteros son los que llegan a Chimbote en los "Zorros" como venimos diciendo; forasteros son, o se sienten forasteros, los caballeros empobrecidos de "Todas las sangres" que

tienen que trabajar en sus huertos en la noche, para que nadie en el pueblo sepa que los señores tienen que hacer de labriegos, porque la paz feudal ha sido trastocada por la penetración de los consorcios extranjeros que traen "progreso" y que explotan a la mina y los hombres. Se asiste así a un proceso de transmutación: lo negro se convierte en blanco, el extranjero en nacional, el visitante en dueño. Expulsado de sus tierras, el hombre pobre va a las grandes ciudades, donde los mistis. Ahí sigue siendo siervo o va a las barriadas, y se hace obrero, pero no se acultura: trae sus usos y costumbres, sus fiestas y ritos, su idioma y su sangre. Y así va transformando a la ciudad en una mixtura extraña, en un Perú nuevo. Este proceso ha sido representado artísticamente por José María Arguedas. Ahora que su obra ha concluido ya es tiempo de hacer un estudio totalizador que seguramente llegará a la conclusión que todos intuimos: cada línea, cada página, cada cuento, cada novela de Arguedas, son partes de un todo: el más grande testimonio del hombre del Perú del siglo XX.

Alegra por eso saber que la obra de Arguedas trascienda las fronteras literarias en las que está enmarcada (Son de gran interés entre nosotros los trabajos de Antonio Cornejo y las tesis universitarias presentadas en San Marcos por Miguel Gutiérrez y Gisela Jörger) y que

JOSE MARIA ARGUEDAS O EL OFICIO DE ESCRIBIR

En estos días se han cumplido nueve años de la desaparición física de José María Arguedas. Como ocurre con todo gran escritor, con el correr de los años la dimensión de su obra ha ido creciendo: se multiplican los estudios académicos sobre cada uno de los libros que escribió, se suceden las ediciones, (su viuda Sibila Arredondo y algunos críticos como Antonio Cornejo y Francisco Carrillo están enfrascados en la preparación de las obras completas), y aumentan los lectores en forma vertiginosa.

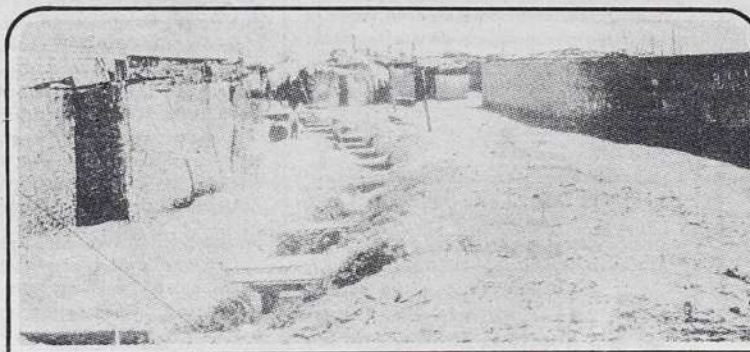
empieza a interesar a otro tipo de estudiosos: los historiadores. Recientemente Alberto Flores Galindo ha anunciado su interés por trabajar una biografía de Arguedas que le llevará varios años de labor. Un trabajo de esa envergadura seguramente nos mostrará, a pesar del temperamento nervioso de Arguedas, que su errabundeo literario por todo el Perú, tenía una sólida coherencia interna. Paralelamente quedará tal vez confirmada la hipótesis de Ruggieron Romano: los trabajos no literarios de Arguedas tienen que ser incorporados al corpus total para tener una visión globalizadora de los que hizo ese hombre extraordinario.

LAS DIFICULTADES DEL NOVELISTA

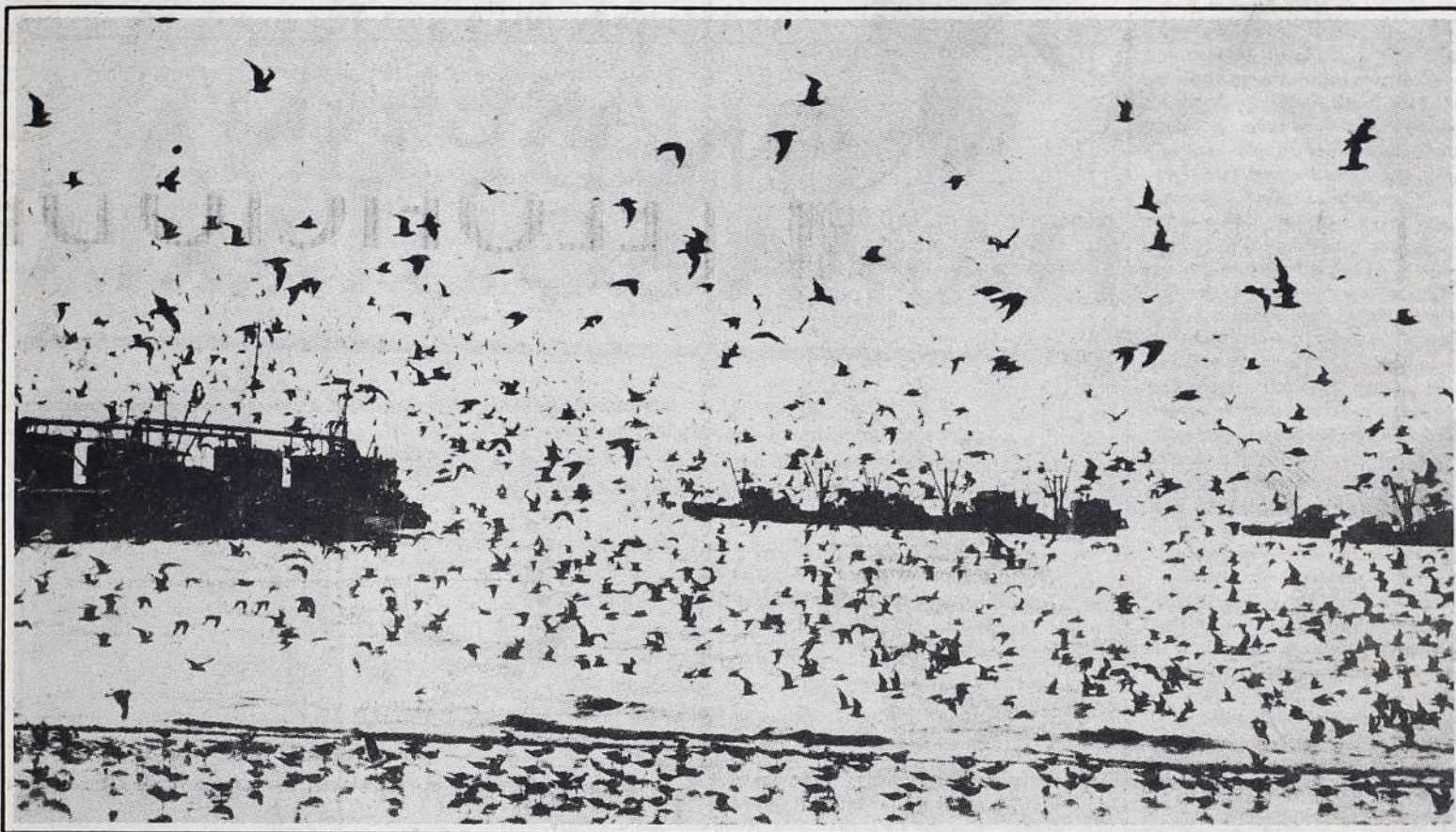
Los novelistas que son hablantes castellanos en el Perú, Vargas Llosa, tienen problemas técnicos que resolver al tratar su materia narrativa que no se diferencia mucho de los problemas técnicos de un novelista que hable español en cualquier otra parte del mundo. En el caso de Vargas Llosa es mucho más claro: el problema de la universalidad está ganado de antemano: Piura o Lima tienen ciertos rastros universales. Ofrecen sus gentes y sus calles, transformadas en personajes y en escenarios, una faceta totalizadora que el novelista que sabido captar

con mucha sapiencia. En este sentido, Vargas Llosa está metido dentro de una tradición occidental. Arguedas en cambio tiene más problemas. Como él mismo lo ha dicho, frente al problema de la universalidad está el peligro del regionalismo que contamina la obra, y la cerca. "El peligro que contiene siempre la inclusión novísima de materias extrañas en un instrumento ya perfecto y limpio". La realización de la obra misma está en peligro, porque se trata de traducirse, de "convertir en torrente diáfano y legítimo el idioma que parece ajeno; comunicar a la lengua casi extranjera la materia de nuestro espíritu. Esa es la dura, la difícil cuestión. La universalidad de este raro equilibrio de contenido y forma, equilibrio alcanzado tras intensas noches de increíble trabajo, es cosa que vendrá en función de la perfección humana lograda en el transcurso de tan extraño esfuerzo. ¿Existe en el fondo de esa obra el rostro verdadero del ser humano y de su morada? Si está pintado ese rostro con desusados colores no sólo no importa; puede tal suceso concederle mayor interés al cuadro. Que los colores no sen sólo una maraña, la grotesca huella del agitarse del ser imponente; eso es lo esencial. Pero si el lenguaje así cargado de extrañas ausencias deja ver el profundo corazón humano, si nos transmite la historia de su paso sobre la tierra, la universalidad podrá tardar quizá mucho; sin embargo vendrá, pues bien sabemos que el hombre debe su preeminencia y su reinado al hecho de ser uno y único".

En las pocas líneas de Arguedas que hemos copiado está evidenciado todo problema del creador literario y está también el viejo problema de los indigenistas. Algunos de ellos resolvieron en los años 30 incorporar al español vocablos quechuas y aymaras. Gamaliel Churata, Alejandro Peralta, Luis de Rodrigo consiguieron en sus poemas dar un tono y una textura muy originales, distintos de la tradición española. En Poesía esa línea fue cultivada más adelante por Mario Florián y recientemente por Efraín Miranda. No nos olvidemos que la "clientela" literaria de estos poetas es la pequeña burguesía letrada, monolingüe es-



Barriada La Libertad en Chimbote.



Cada línea, cada página, cada cuento, cada novela de Arguedas son parte de un todo: el más grande testimonio del 'hombre del Perú del siglo XX. Todas las fotografías que acompañan el presente texto fueron tomadas por el propio Arguedas durante su permanencia en Chimbote.

pañola generalmente. Arguedas no centra su preocupación en la incorporación de palabras quechuas al castellano. Ese no es su problema; como se dice. El incorpora o no a su discurso palabras frases, huaynos, hayllys, pero fundamentalmente está creando - y no solamente potencialmente - un nuevo tipo de lector. Ciertamente es que se dirige a los mandarines occidentales (siempre llama la atención que fuese tan amigo de Szyszlo, Westphalen, Sologuren) o a los lectores habituales de literatura de la capital, estudiantes universitarios, profesores, pero Arguedas aspira y logra comunicarse con el hombre que se parece a él: el migrante pauperizado de la ciudad. El habitante del casco urbano de la vieja ciudad de Lima que haga la experiencia de viajar a las grandes zonas barriales del sur (Villa María, Villa Salvador, José Carlos Mariátegui) o del norte (Collique, Comas) se sorprenderá viendo los hábitos de lectura de los pasajeros: literatura política básicamente, diarios, revistas, pero también obras de José Carlos Mariátegui o novelas y cuentos de José María Arguedas en un porcentaje no despreciable.

Estos hombres, obreros o vendedores ambulantes, pequeños comerciantes o profesores pauperizados son en su mayor grado hablantes quechuas que tienen como segunda lengua el español. Según una hipótesis bastante difundida, Lima es la zona del país donde más quechua se habla. Y en los barrios de Arequipa asistimos a una quechuización y aymarización que no había ocurrido en siglos. Pero el español es la lengua franca, la lengua escrita y en ese idioma se expresa Arguedas y acierta - como nadie antes que él - en dar el tono y la palabra precisa de la "pulsión india" del Perú. Y es que a pesar del analfabetismo, de los problemas de la movilización de la población a través de una cúpula como ha ocurrido tantas veces en el Perú, a pesar de otro lado de los curiosos movimientos políticos como el de los hermanos Cáceres, el hombre común peruano, el mestizo, empieza a vivir sus raíces ancestrales como la parte más importante de su ser histórico.

Y esas raíces autóctonas no son añoranza del imperio incaico, ni chullo multicolor, ni

nombres quechuas para sus hijos: son costumbres mantenidas durante años de años, modificadas lentamente mediante una tradición oral, son modos de explicar el mundo, maneras peculiares de enfrentar las dificultades, espíritu solidario en los conflictos de clases. Y todo esto ha sido expresado por Arguedas. En términos absolutos, aunque no en términos relativos, el número de personas que leen en el Perú han aumentado notablemente. En la medida que vaya desapareciendo el analfabetismo, por todas las razones que venimos enumerando, el número de lectores de Arguedas, aumentará considerablemente.

Nacido en Andahuaylas en 1911, Arguedas fue desde temprano un forastero. En una página publicada en "Las Moradas" en 1948 bajo el título de su célebre novela de 1958 "Los ríos profundos", ha recordado a su padre como un forastero:

"Mi padre no pudo encontrar nunca dónde fijar su residencia: fue un abogado de provincias, inestable y errante. Con él conocía más de doscientos pueblos. Temía a los valles cálidos y sólo pasaba por ellos como viajero; se quedaba a vivir algún tiempo en los pueblos de clima templado: Pampas, Haytará, Coracora, Puquio, Andahuaylas, Yauyos, Cangallo... Siempre junto a un río pequeño, sin bosques, con grandes piedras lúcidas y peces

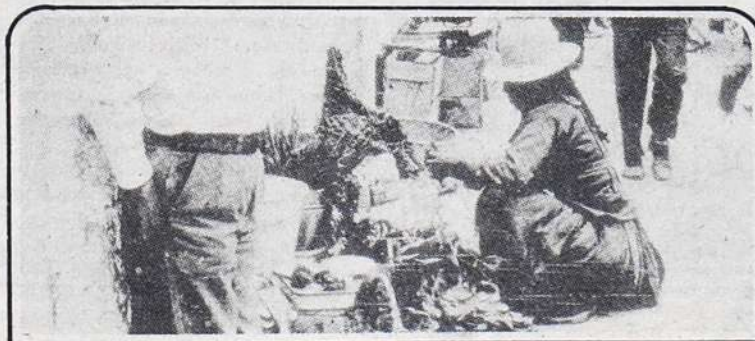
menudos. El arrayán, las lambras, el saúce, el capulí, la tara, son árboles de madera limpia, cuyas ramas y hojas se recortan libremente. El hombre los contempla de lejos; y quien busca sombra se acerca a ellos y reposa bajo un árbol que canta solo, con una voz profunda en que los cielos, el agua y la tierra se confunden".

Y en Arequipa, en 1965, en ocasión del Primer encuentro de narradores dijo:

"Voy a hacerles una confesión un poco curiosa: yo soy hecltura de mi madrastra. Mi madre murió cuando yo tenía dos años y medio. Mi padre se casó en segundas nupcias con una mujer que tenía tres hijos; yo era el menor y como era muy pequeño me dejó en la casa de mi madrastra, que era la dueña de la mitad del pueblo; tenía mucha servidumbre indígena y el tradicional desprecio e ingnorancia de lo que era un indio, y como a mí me tenía tanto desprecio y tanto rencor como a los indios, decidí que yo había de vivir con ellos en la cocina, comer y dormir allí. Mi cama fue una batea de esas en la que se amasa harina para hacer pan, todos los conocemos. Sobre unos pellejos y una frazada un poco sucia, pero bien abrigadora, pasada la noche conversando y viviendo tan bien que si mi madrastra lo hubiera sabido me habría llevado a su lado, donde sí me hubiera atormentado".

Arguedas estuvo en San Marcos desde 1931 y en 1936 sufrió prisión por motivos

políticos. De ahí saldría su novela "El sexto", que publicó en 1961. puede estudiarse en dos grandes núcleos: "Yawar fiesta" de 1941, que narra los conflictos dentro de una comunidad y los conflictos de la comunidad con los "mistis" en la fiesta de corrida de toros serrana, está en íntima relación con la tercera novela de Arguedas: "Todas las sangres" de 1964, que narra los conflictos en un pueblo que como hemos dicho, goza de una paz feudal, ante la penetración de un consorcio extranjero que va a explotar una mina. A nivel simbólico esta novela desarrolla la historia de los "hermanos caines" que van generalizando sus conflictos. Pareciera, en la gran alegoría, que Arguedas nos ofrece que la historia de los "hermanos caines" estuviese enraizada en todo el Perú. "Los ríos profundos" de 1958 y "El sexto" de 1961, están emparentados con la novela póstuma "El zorro de arriba y el zorro de abajo" a la que hemos aludido al empezar esta nota. En "Los ríos profundos" predomina la actitud contemplativa, los recuerdos de infancia de un niño particularmente sensitivo, aunque no por eso deja de haber conflictos. El "ánima" de la tierra peruana está en esta novela. En cambio "El sexto" es la cárcel, Arguedas ha sabido expresar muy poéticamente esa dureza de la vida sin libertad que es tratada también por Juan Seoane y Gustavo Valcárcel. El juego de posiciones entre apristas y comunistas presos, los sentimientos de los detenidos comunes, la perplejidad del narrador indeciso frente a las opciones políticas que se le ofrecen están magistralmente narrados. "El zorro de arriba y el zorro de abajo" es una novela totalizadora. Tiene la particularidad de incorporar las vivencias del narrador como un relato paralelo hecho a modo de diario. Es el más terrible diario que se ha escrito en el Perú: el diario de alguien que meticulosamente ha preparado su suicidio. Y a pesar de esa decisión terrible, más allá de toda retórica, Arguedas está vivo porque habló en nombre de todos nosotros.



Mercado de la avenida Gálvez en Chimbote.